

La prohibición del toro ensogado en San Sebastián (1902): motín y debate social.

Pedro Berriochoa Azcárate.
Instituto Valentín de Foronda.
Universidad del País Vasco, EHU.

Resumen: La costumbre de correr toros o bueyes ensogados (*sokamuturra* en euskara) tiene una antigüedad de más de cinco siglos en muchos lugares de Guipúzcoa y del País Vasco. En San Sebastián los bueyes fueron el núcleo de sus fiestas de invierno, mucho antes de que apareciera la tamborrada, que en buena medida los sustituyó. En su derredor se creó una cultura musical y poética singular. Tras un largo debate social en la que se entremezclaron elementos como la tradición, el animalismo, la brutalidad de las costumbres u otros, el Ayuntamiento la prohibió en el invierno de 1902. Tras la decisión del consistorio, las masas tomaron la calle y se produjeron graves incidentes de orden público que obligaron a intervenir a la fuerza pública con armas de fuego. Más de dos docenas de jóvenes fueron detenidos y encarcelados. La impresión fue tan honda que San Sebastián no celebró sus tradicionales fiestas de invierno durante los siguientes tres años. Desde entonces desapareció la fiesta pública de la *sokamuturra* que fue sustituida por otras manifestaciones que a pesar de su modernidad han sido elevadas a la categoría de “tradicionales”.

Palabras clave: *sokamuturra*, San Sebastián, siglo XX, tradición, costumbre.

*The prohibition of the fastened with a rope bull in San Sebastian (1902):
mutiny and social debate.*

Abstract: The tradition of the running of the bulls or the fastened with a rope oxes (*sokamuturra* in basque) has an antiquity of more than five centuries in many places of Gipuzkoa and the Basque Country. In San Sebastian, the oxes were the core of the winter festivities, long before the tamborrada turned up and the latter eventually managed to replace the *sokamuturra*. A singular musical and poetic culture was created around it. After a long social debate in which there was a mixture of elements such as tradition, animalism, habits' brutality and others, the Town Hall finally banned in the winter of 1902. After the decision of the city council, the protesters took to the streets and there were serious incidents against public order that forced the Security Forces to intervene with firearms. Over two dozens of youngsters were arrested and imprisoned. The impression was so deep that San Sebastian did not celebrate its traditional winter festivities in the following three years. Since then, the public festivity *sokamuturra* vanished and it was substituted by other demonstrations that have been categorized as “traditional” despite their modernity.

Keywords: *sokamuturra*, San Sebastian, 20th Century, tradition, habit.

A día de hoy la tamborrada es el elemento distintivo más importante de San Sebastián. En este año de 2019 han salido nada menos que 147 tamborradas, cuatro más que el pasado año. En ellas han tomado parte la enormidad de 18.399 personas, alrededor del 10% de la población donostiarra. Una barbaridad. Las 24 horas del día del patrón, el 20 de enero, se convierten en un redoblar de tambores y barriles en cualquier barrio de la ciudad. La mujer, que hasta hace nada estaba arrinconada en actividades menores dentro de la fiesta, ha impuesto su presencia con la participación de 7.681 féminas en la fiesta¹.

San Sebastián fue históricamente una plaza fuerte hasta 1863. Era una ciudad eminentemente militar, fronteriza con la vecina Francia. La tamborrada incorporó los elementos castrenses. Vestimentas, tambores, redobles, marchas... nos dan cuenta de ese carácter. Sin embargo, paseándome por las calles de este día de San Sebastián de 2019 observo que aquel carácter militar ha perdido muchos enteros. Los lustrosos aparejos militares están a la baja y son sustituidos por vestimentas de todas clases, incluso por trajes campesinos. Todo cambia. Y lo militar ha perdido muchos enteros en San Sebastián. Los que permanecen son los trajes de cocinero, algo totalmente lógico en una ciudad y en un país en los que el *lobby* del restaurant sube y sube sin parar. También permanecen las alegres marchas de Raimundo Sarriegui (1838-1913) y la letra del himno de la Marcha de San Sebastián de Serafín Baroja Nessi (1840-1912), padre de Pío Baroja.

“Todo fluye” decía Heráclito, o más poéticamente señalaba Antonio Machado que

“Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira”²

San Sebastián ha construido todo un programa identitario cada vez más extenso en torno a la tamborrada. El Tambor de Oro, las medallas del mérito ciudadano, la tamborrada infantil... son algunas de esas manifestaciones que procuran acentuar “la tradición”.

Sabemos desde el famoso libro editado por Hobsbawn que la “tradición” no pasa de ser una invención reciente en muchos casos. La destrucción de las viejas

¹ “Tamborrada de record en record”, *El Diario Vasco*, 15-1-2019.

² MACHADO, Antonio: “A orillas del Duero”, *Poesías completas*, p. 137, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

“costumbres” fue seguida por la “invención” de las “tradiciones”. Hobsbawn sitúa la mayoría de estas “tradiciones” en los 30 ó 40 años que antecedieron a la I Guerra Mundial³. La tamborrada donostiarra se adecuaría bien a estas coordenadas.

Mirando al año 1902, fecha cuando sucedieron los hechos que se narrarán en este estudio, vemos que la tamborrada era una especie de alborada que salía a las cinco y media de la mañana del 20 de enero; que solo existía una, la de *La Unión Artesana*⁴. La tamborrada era algo relativamente reciente, de ámbito reducido y puntual. Era una especie de protocomparsa que invitaba a sumarse a la ciudad a la alborada de sus fiestas más queridas: los carnavales.

Nada, o casi nada, es como era, ni, seguramente, como será. Y, sin embargo, quedan trazas de viejas costumbres. Hay una marcha de Raimundo Sarriegui, de esas que se tocan y redoblan durante el 20 de enero, para mí la más delicada, llamada *Iriyarena* (la del buey). Fueron los bueyes, el “correr bueyes”, la “costumbre” de la vieja San Sebastián que venía de siglos anteriores y que quedó cercenada por la prohibición municipal de 1902. Su supresión originó todo un motín con características precontemporáneas. La costumbre como derecho es un tema trabajado por el historiador británico Thompson y que perfectamente podría ser aplicado a nuestro caso⁵. Podríamos decir que la costumbre del “buey” fue sustituida paulatinamente por la “tradicción” de la tamborrada.

1.- Bueyes y toros: elementos civilizatorios y festivos

El macho bovino, neutralizado o no, es un elemento simbólico y civilizatorio de primer orden. Mientras escribo estas líneas parece que puede seguir siendo un elemento de controversia electoral en nuestra disputada “piel de toro” española.

Bóvidos los hay en las cuevas franco-cantábricas del Paleolítico Superior. 22.000 bueyes fueron sacrificados por Salomón con motivo de la consagración del templo de Jerusalén. Los bueyes ocupan buena parte de las Panateneas de Fidias. La palabra *hecatombe* (cien bueyes) hace referencia a los sacrificios de los griegos a sus dioses. De bueyes sacrificados están llenos la *Iliada* y la *Odisea*. Bóvidos aparecen en

³ HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence: *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2012, pp. 7-15.

⁴ En 1902 la tamborrada que nunca salió iba a estar formada por 97 hombres: el director, 17 nigromantes, 18 tamboreros, 18 barrileros y la charanga formada por 43 músicos.

⁵ THOMPSON, E.P.: *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995, p. 18.

los míticos trabajos de Hércules. La pareja de bueyes delimita el perímetro de la vieja Roma fundada por Rómulo y Remo, y la lucha contra los toros está presente en las cruentas *venationes* romanas.

Son solo unas pinceladas, podíamos trazar otras, que nos muestran el carácter simbólico y civilizatorio de primer orden del bovino. Bueyes cubiertos con un manto negro funerario y con dos panes atravesados por sus cuernos se presentaban como ofrenda funeraria en algunas iglesias guipuzcoanas a fines del siglo XIX. De su presencia en el campo (elemento de tracción), en la plaza (elemento deportivo y de apuesta) y en la iglesia (elemento de ofrenda funeraria) me ocupé en un pequeño trabajo⁶.

Ni qué decir tiene que el macho bovino es algo muy especial en el solar hispano. Luchas con toros las hubo en otras latitudes europeas, pero la influencia ilustrada los redujo prácticamente a la geografía ibérica. Los espectáculos taurinos ya aparecen reglamentados en las viejas *Partidas*. Toros o bueyes ensogados aparecen en la escultura medieval o se dan noticias de ellos ligados a fiestas por bodas, misas nuevas, celebraciones...

La Iglesia siempre receló de su carácter. Fueron considerados como un estigma del paganismo de los tiempos antiguos y vistos como un elemento amoral que ponía en peligro la vida de los humanos. La bula *Salute Gregis* del papa Pío V de 1567 los condenó de manera explícita. El rey Felipe II, poco amigo de la fiesta, tuvo que negar el *regium exequátur* a la bula y negociar su contenido con el papado⁷.

La propia Monarquía tampoco parece haber sido siempre tan taurófila. Isabel de Castilla debió de quedar horrorizada ante un espectáculo taurino cruento presenciado en Arévalo en 1494 y conminó a embolar los toros. Los Borbones atacaron a la “fiesta” con leyes y decretos durante el siglo XVIII. Curiosamente esta prohibición fue levantada por el francés José I. Más adelante, en el reinado de Fernando VII, es cuando se asiste a un enaltecimiento de la tauromaquia en sus diversas manifestaciones.

⁶ BERRIOCHOA, Pedro: “El buey en el campo, el buey en la iglesia, el buey en la plaza”, *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián*, nº 44, Obra social de Kutxa, San Sebastián, San Sebastián, 2011, pp. 231-268.

⁷ FLORES ARROYUELO, Francisco J.: *Correr los toros en España. Del monte a la plaza*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

2.- Correr toros o bueyes

“Correr toros” o bueyes se convirtió en una costumbre festiva en buena parte de la Hispania medieval. De este término deriva el actual de “corrida” y veía a significar acciones como la de perseguir, acosar, burlar, confundir o lidiar.

Según Flores Arroyuelo la maroma de los toros ensogados respondería a unas primeras prácticas cinegéticas por las que se cazaban los toros salvajes, se los enmaromaba y se convertían en fuente de carne, o bien de trabajo por su castración y su reconversión en bueyes. En el País Vasco la presencia de la sogá está muy unida al arrastre de las reses atadas hacia los mataderos por parte de los carniceros. Antes de morir como res carnicera, el buey rendía su último servicio a los humanos a través de sus carreras por las calles y plazas de las urbes.

Parece que el “correr toros”, la vieja montería, se convirtió más tarde en una práctica caballeresca, una destreza nobiliaria preparatoria de la guerra en sustitución de las viejas justas medievales.

Otro paso fue el del “toreo” a pie. Fueron los lacayos de los nobles, los llamados chulos, los que mediante garrochas y a pie preparaban y orientaban a las bestias en la arena hacia sus señores a caballo. El toreo a pie se fue imponiendo durante el siglo XVIII y ritualizando como lo conocemos en la actualidad. Sin embargo, pervivieron el “correr toros” de signo popular, el lanceado o el rejoneo aristocráticos.

Los toros y sus fiestas han estado, y están, en el ojo del huracán. Acabamos de ver la inmoralidad o el paganismo esgrimidos por la Iglesia. La brutalidad es otro de sus pecados. Los agraristas incorporarán nuevos matices a estas críticas: no está bien tratar así al ganado. El buey es el amigo del hombre y debe ser tratado con otro respeto. Es la idea desarrollada por el padre de los agraristas españoles, el confesor de Cisneros, Alonso de Herrera (1470-1539). Herrera apunta también la vieja crítica moralista de la Iglesia. Con esto se descuelga en su tratado de agricultura:

“Y en fin en todas sus edades nos aprovechamos de ellos: después de su vida, de su carne y cuero; por eso antiguamente eran tan preciados los bueyes, que si algunos maliciosamente, y por hacer mal, mataban alguno, tenían pena de muerte, porque mataban un compañero tan provechoso de los hombres, y tan necesario, y por eso multiplicándose de esta manera este ganado, eran los ganaderos tan ricos; mas agora hácese al contrario, mayormente en nuestra España, matan los toros con peligroso placer, echándoles lanzas y garrochas, como si fuesen malhechores, no teniendo culpa. Y lo que mayor error, hácese en honor de Santos, y sus fiestas”⁸.

⁸ HERRERA, Alonso de: *Agricultura general que trata de la labranza del campo, y sus particularidades: crianza de animales, propiedades de las plantas que en ella se contienen, y virtudes provechosas a la salud humana*, Antonio de Sancha, Madrid, 1790, p. 294.

Los ilustrados, taurófobos salvo alguna individualidad, apuntaron el aspecto económico: los esfuerzos agrarios deben dirigirse a mejorar el agro y no a fiestas sin sentido. Jovellanos, su capitán, arremete contra los toros, pues provocan la carestía de los bueyes cuando no sus desperfectos por tantas reses estropeadas en los festejos populares. “Es indudable que nuestra agricultura sufre mucho por la manía de las fiestas de toros. Cuesta más criar uno bueno para la plaza, que cincuenta reses útiles para el arado”⁹.

Jovellanos niega a la tauromaquia el carácter de fiesta nacional, pues era desconocida en el NO de la península y abona la tesis europea de la “barbarie”. Ante una consulta de Vargas Ponce, le señala que las diversiones “deben de ser fáciles, prontas, gratuitas, sencillas, inocentes, sin más aparato que el de la naturaleza en que deben tener su origen y de que no deben apartarse ¿Halla usted acaso estos caracteres en el espectáculo de que tratamos?”. Precisamente el marino Vargas Ponce (1760-1821), un ilustrado gaditano que vivió varios años en Gipuzkoa, es el autor de la *Disertación sobre las corridas de toros* (1807), donde afirma que eran “un deshonor de España”, y según Flores Arroyuelo es “la mejor argumentada de cuantas opiniones se lanzaron entre los ilustrados españoles”.

Brutalidad, inmoralidad, paganismo, retraso del agro, maltrato al mejor amigo del hombre... He aquí algunos de los graves de los reproches históricos a la tauromaquia.

Los antropólogos han visto otras cualidades del “correr toros”. El rito de paso de la masculinidad, la disolución del individuo en lo comunitario, el correr por correr, el carácter sacrificial o religioso son algunos de estos activos. Quedan solamente apuntados, pues su desarrollo nos llevaría muy lejos.

3.- Correr bueyes en Gipuzkoa y en San Sebastián

Cuando en 1902 se produjo el motín de San Sebastián, el grito de guerra de los amotinados fue el “¡bueyes!”. Hacía mucho tiempo que las reses que corrían por las calles donostiarra eran toretes de pequeño tamaño de las ganaderías cercanas o navarras, e, incluso, vacas.

⁹ JOVELLANOS, Gaspar Melchor: *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas de España*. Obras publicadas e inéditas, T. I, M. Rivedeneyra Impresor Editor, Madrid, 1858, pp. 264-266.

Hemos mencionado ya que por la documentación del siglo XVI o posterior eran los carniceros los que ofrecían la carrera del buey impelidos por los ayuntamientos antes de su sacrificio en el matadero.

Y es que el buey no solo era el compañero del hombre en los campos de labor. El puerto de San Sebastián (así lo atestiguan antiguas fotografías) estaba plagado de bueyes que arrastraban todo tipo de mercancías. En las canteras de Igeldo, de donde se extraía esa piedra arenisca acaramelada tan hermosa, los bueyes trabajaban duro. Lo mismo en los muchos lugares de carboneo, en las minas de hierro o en las ferrerías. Las villas estaban pobladas de bueyes. Incluso las propias carrozas carnavaleras donostiarras eran arrastradas por bueyes a lo largo del siglo XIX.

El padre Larramendi (1690-1766) en su *Corografía* nos da cuenta de este protagonismo boyero:

“En las caserías tienen su yunta de bueyes para las labores del campo, para acarreos de piedra, de vena, de carbón, de leña y de maderas gruesas en las loras, de que se ofrecen frecuentes ocasiones. En muchísimas además tienen vacas, y crían novillos, de que hacen trato”.¹⁰

El folklorista Juan Ignacio Iztueta (1767-1845) narra en euskara la omnipresencia de bueyes y boyeros en la vieja San Sebastián, la anterior a su quema y destrucción de 1813¹¹.

En una estadística de 1812 se apuntan a cerca de 10.000 bueyes en la provincia. En ella hay datos irrisorios para grandes poblaciones, entre ellas San Sebastián, por lo que habría que inflar por lo menos en un tercio sus totales¹². Nunca volverá a haber semejante población boyal en la provincia. Posteriormente, la vaca con su pequeña revolución lechera va a sustituir en buena medida a los viejos bueyes.

A primera vista puede parecer anecdótica toda esta digresión sobre los bueyes, pero su importancia se palpa en las propias medidas de superficie. La yugada (*golde-lurra*, en euskara) es la vieja medida de superficie heredada de Roma, algo menos de un tercio de la actual hectárea, y hacía referencia a la superficie capaz de arar una pareja de bueyes en un día. El debate entre el tiro del buey o el de la mula y la profundidad de su labor es una constante entre los agraristas españoles, inclinándose la mayoría por el

¹⁰ LARRAMENDI, Manuel de: *Corografía de Guipúzcoa*, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, S.A, San Sebastián, 1969, p. 202.

¹¹ IZTUETA, Juan Ignacio de: *Guipuzcoaco Probintziaren Condaira*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1975, p. 180.

¹² ZUFIRIA, J. de: “Número de yuntas de bueyes existentes en Guipúzcoa el año 1812”, *Euskalerraren Alde*. 1912, pp. 457-458.

buey. La ausencia del buey en muchos campos de la Iberia seca va a ser visto como un factor del atraso de la agricultura española.

Todo ello abunda en la presencia antigua del buey en las calles de las villas del país, antes de rendir su cabeza en el matadero. Pueblos taurófilos como Azpeitia o Elgoibar nos traen noticias de este hecho ya desde el siglo XVI¹³. En la propia San Sebastián fueron los carniceros quienes siempre suministraron las reses para la *sokamuturra*.

La *sokamuturra* es la expresión euskérica para el correr bueyes¹⁴. El pasado año de 2018 Azpeitia celebró por todo lo alto el 500 aniversario de una referencia escrita sobre su afición taurina. La *sokamuturra*, seguramente su expresión más antigua, es celebrada por una veintena larga de villas guipuzcoanas durante sus fiestas patronales.

Y es que la afición de Vasconia por las fiestas taurinas viene de antaño. El jesuita Larramendi, enemigo acérrimo, destacaba la “barbarie” de la fiesta pero, al mismo tiempo, su popularidad. Distinguía entre los toros de muerte, cuyas reses eran grandes y provenían de Castilla o Navarra, y los del correr toros o bueyes, con reses más menudas procedentes de los caseríos de la provincia, y que volvían a sus establos tras haber cumplido con su labor festiva.

Larramendi, profesor en Salamanca, se hacía eco del chiste que ya a principios del XVIII corría por la ciudad del Tormes de que “si en el cielo se corrieran toros, los guipuzcoanos todos fueran santos por irlos a ver en el cielo”. Este dicho va a ser aplicado a los donostiarras durante el siglo XIX.

Esta afición taurófila donostiarra tampoco ha aguantado el paso del tiempo. Lo taurino tiene una connotación de “español” en una provincia mayormente nacionalista vasca. Los movimientos animalistas llevan a cabo todos los veranos *performances* antitaurinas aprovechado las fiestas de la Virgen de agosto y la Semana Grande donostiarra. El Ayuntamiento propuso una consulta ciudadana sobre los toros. El Gobierno denegó tal consulta en marzo de 2017. El Ayuntamiento presentó un recurso contencioso-administrativo ante el Tribunal Supremo, que acaba de ser desestimado en este febrero de 2019¹⁵. En las fiestas de agosto del pasado año un grupo animalista atacó

¹³ AIZPURU, Eli: “No hay fiesta sin sokamuturra”, *El Diario Vasco*, 4-1-2018.

ARRILLAGA, Eduardo: *Sokamuturra*. Asociación Cultural Ongarri, Elgoibar, 2001.

¹⁴ *Sokamuturra* significa cabo de maroma.

¹⁵ *EL Diario Vasco*, 27-2-2019.

un camión que trasportaba becerros para la *sokamuturra* de Aretxabaleta¹⁶. Todo cambia. No corren buenos tiempos para el toro en Gipuzkoa.

Y, sin embargo, la afición por los toros permanece incólume en el centro y noroeste de la provincia. Curiosamente son villas muy nacionalistas, incluso gobernadas durante tiempo por la izquierda nacionalista, pero en donde lo taurino descuella y es tenido a gala. Azpeitia¹⁷, con sus “sanninacios” sería su epicentro.

Dentro del cuadrilátero formado por Azpeitia y Mendaro, al sur, y Deba y Mutriku, al norte, aún hoy radican ganaderías de toretes bravos, los llamados *betizus*, que suministran toretes desde hace siglos a la *sokamuturra* provincial. Este foco ganadero con una antigüedad de por lo menos tres siglos tiene al barrio de Lastur (Deba) como su centro.

Otro centro taurino, aunque más vergonzante, es Tolosa, la antigua capital foral. Cuenta con plaza de toros antigua y se celebran todo tipo de festejos taurinos. En otro tiempo la afición era todavía más intensa. El historiador y alcalde de la villa, Pablo Gorosábel (1803-1868) nos da cuenta de ella. Gorosábel como buen liberal hereda de los ilustrados su repulsa por lo toros. Especialmente arrecia contra los toros de muerte, a los que considera un espectáculo reciente. Algo que, curiosamente, el padre Larramendi había dicho un siglo antes. No debía de ser, pues, tan moderno. Leamos a Gorosábel en su diatriba

“Tan sangriento y repugnante espectáculo, cuyo uso parece como que hace retrocede la cultura moderna al estado de la rudeza de los primeros siglos, no se ha generalizado en Guipúzcoa hasta estos últimos años. Su ejecución es a la verdad reprobada por la mayoría de las personas sensatas y cultas; pero se ha logrado infundir en la multitud, que generalmente busca impresiones fuertes y lo extraordinario, no solamente la impasibilidad, sino aún un placer al presenciar tanta víctima y asquerosidad. Lamentemos por lo mismo la afición que se va propagando a tan torpe como costosa diversión. Esperemos, empero, que la autoridad competente, colocándose a la altura debida de su misión propenderá a desarraigat paulatinamente esta inclinación”¹⁸

Gorosábel las distingue de las antiguas novilladas y de la vieja *sokamuturra*, a las cuales tampoco alaba. De la última dice lo siguiente:

“En un principio se llevaba el buey o toro atado por el cuello con una maroma recia, en cuya forma corría el animal desde el matadero por las calles a la plaza, de donde después de toreado se le volvía a conducir al sitio de la salida; seguido del tamboril y la muchedumbre de aficionados. Semejante divertimento se acostumbraba, no solamente en los días de fiestas solemnes, sino en

¹⁶ *El Diario Vasco*, 20-8-2018.

¹⁷ Particular interés tiene la asociación *azpeitiarra Zezen beltz*, que para reivindicar la *sokamuturra* realiza variados actos culturales como la producción de vídeos o la recogida de fotografías.

¹⁸ GOROSÁBEL, Pablo: *Noticia de las cosas memorables de la Provincia*, T. I, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1975, pp. 347-349.

los pueblos de alguna consideración todos los domingos del año por las tardes, menos en los tiempos de cuaresma y adviento”

Gorosábel se hace eco de su inmensa popularidad, y remacha con que “todos tomaban parte en esta función del buey o toro con cuerda, y hasta los mismos clérigos acostumbraban sacar sin el menor recato algunas suertes con sus manteos terciados al amparo de los zaguanes de las casas del tránsito”. Apunta también a que en Tolosa se corría el buey que iba a ser llevado al matadero todos los viernes a las tres de la tarde, salvo los de Cuaresma, Vemos de nuevo, la hilazón entre *sokamuturra* y matadero.

Al comienzo hemos visto cómo una de las marchas de Sarriegui, la *Iriyarena*, estaba ligada a la *sokamuturra*. En efecto, aunque aquí no tenemos espacio para reflejar su riqueza musical, constataremos que buena parte de las canciones que se siguen cantando, tocando o bailando en el país se corresponden al correr bueyes. La más popular empieza con el verso:

*“Dira, dira
zezenak dira,
bel-beltzak dira.
Adarra motza,
punta zorrotza.
Harrapatzen bazaitu,
harrapatzen bazaitu,
jo ta bertan hilko zaitu”*¹⁹

Es una marcha fundacional del moderno País Vasco. Algunos montan su música a Haydn o al propio Beethoven. El experto Ansorena remarca su ritmo de vals, tipo *tarantella*, y recoge una treintena de variantes para *txistu* y tamboril²⁰. Sin duda, la *sokamuturra* adquirió tal popularidad por ser un acertado escenario de fiesta: toros, carrera, música, versos cantados, *txistu* y tamboril.

San Sebastián es una ciudad sin archivo precontemporáneo. Aquel fue hecho cenizas en la toma, incendio y destrucción de la ciudad en 1813. Los viejos historiadores nunca se ocuparon de estos temas “menores”. Sabemos por una carta que en noviembre de 1570, cuando desembarcó la futura reina Ana que venía a casarse con Felipe II, se ordenaron grandes festejos entre los que estaban el correr bueyes con sogas. Precisamente, se mandaba que fueran los carniceros los encargados. Que en el programa

¹⁹ Trad: “Ya vienen, ya vienen, ya vienen los toros. Negros, negrísimo. Cuerno corto, punta afilada. Si te coge, si te coge, ahí mismo te mata”.

²⁰ ANSORENA, Jose Ignazio: “Idiarena: zer da?”, *Txistulari*, 245, San Sebastián, 2016, pp. 13-16.

de festejos a mayor gloria de la Monarquía se incluyeran los bueyes nos da cuenta de que era una costumbre y un espectáculo bien consolidado.

Los primeros carnavales después de la destrucción de 1813 fueron testigos de ese fuerte arraigo. La ciudad contó con dos alcaldes hasta 1840 y uno de ellos, el alcalde Michelena, al tercer día de carnaval dio orden, frente al acuerdo del Ayuntamiento, de sacar bueyes por la única calle libre de escombros. El otro, el alcalde Iturbe, hizo valer el acuerdo corporativo y lo prohibió con grandes protestas del vecindario.

No duró mucho el luto. El 29 de mayo de 1814, aprovechando el santo del rey se dispuso se corriesen dos bueyes. Los carnavales de 1815 reanudaron la vieja costumbre de la *sokamuturra*, corriéndose los bueyes en la Plaza Nueva (la actual de la Constitución) sin casas y rodeada de escombros de paredes en estado ruinoso.

Y es que San Sebastián siempre ha tenido dos temporadas festivas: la de invierno y la de verano. Frente a las vistosas, y más de cara a la galería, fiestas de verano (sin *sokamuturra* y con corridas), las de invierno eran más íntimas y tenían como eje los carnavales. Comenzaban con el día del patrón (20 de enero) y seguían con San Vicente (22 de enero), la Candelaria (2 de febrero) y los domingos hasta carnavales. Jueves Gordo y, sobre todo, los tres días del carnaval marcaban la apoteosis. Durante estos días se corrían bueyes a las 8 de la mañana, a las 12 del mediodía y a las 4 de la tarde.

El, hoy muy olvidado, escritor donostiarra José María Salaverría señalaba lo siguiente:

“San Sebastián ha tenido una curiosa vocación para el histrionismo espectacular. Las grandes y teatrales mascaradas absorbieron su talento y su fantasía durante el siglo XIX, y pocas poblaciones, en proporción a los medios, le han superado en el culto juvenil y entusiasta del Carnaval”²¹.

Mirando a las fiestas de invierno del siglo XIX, observamos a una ciudad en ebullición a la espera de los carnavales. La prohibición de los bueyes de 1902 y el marchitamiento progresivo del carnaval ya para los años 20 acabaron con la ciudad

²¹ Tomado de: SADA, Javier M^a: *Carnavales donostiarras. De los orígenes a nuestros días*, Txertoa, San Sebastián, 1991.

SADA, Javier M^a: *Carnavales donostiarras. De los orígenes a nuestros días*, Txertoa, San Sebastián, 1991, p. 57.

En 1918 otra proposición municipal pretendió suspender los carnavales. 13 concejales (mauristas, nacionalistas, el socialista y el integrista), a favor y 14 (liberales, republicanos y jaimistas), en contra. En 1921 el consistorio prohibió las máscaras. El carnaval popular fue agonizando y para la República estaba casi muerto. Poco quedó para prohibir en el Franquismo.

bulliciosa y popular. Las fiestas de San Sebastián cogieron fama de aristocráticas, cultas y distantes del pueblo. Es un peso que la ciudad trata de levantar con no demasiado éxito. Su carácter estirado contrasta con la popularidad de las fiestas de las vecinas Pamplona o Bilbao.

Tenemos datos precisos de los bueyes que se corrieron en 1894, que no fue ni mucho menos el de mayor cosecha de bueyes.

	Mañana	Mediodía	Tarde
20 de enero	2 (uno por la calle)	2	3
21-1 (domingo)	1	2	3
22-1 (S. Vicente)	-	-	2 (uno en S. Vicente)
28-1 (domingo)	1	2	3
2-2 (Candelaria)	1	2	3
4-2 (domingo Car.)	2 (uno por la calle)	2	4
5-2 (lunes de C.)	2 (id)	2	4
6-2 (martes de C.)	2 (id)	3	5
Totales	11	15	27

En total, 53 bueyes²². En el último año en que se corrieron bueyes, en 1901, se sacaron nada menos que 65 bueyes.

Aparte, estaban los que se corrían privadamente en los barrios de la ciudad. Por San Martín (11 de noviembre) en su barrio, por Santa Rita y Santa Quiteria (22 de mayo) en el barrio pescador de La Jarana, o el domingo siguiente a San Sebastián en el barrio de El Antiguo. Bueyes y más bueyes.

Los bueyes además de música generaron literatura. Destacaría dos ejemplos. La pieza dramática *Iriyarena. Cuadro de costumbres donostiarra*²³ de Marcelino Soroa (1848-1902) y los cuentos de *Calei-Cale*, alias del periodista del diario republicano *La*

²² La mayoría de los datos provienen del Archivo Municipal de San Sebastián. B-7. IV, 265, 2. Corridas de bueyes ensogados (1839-1891); B-7. IV, 265, 2. Corridas de bueyes ensogados (1892-1901); B-7. IV, 267, 3. Problemática suscitada en torno a la fiesta de los bueyes ensogados. (Actas municipales de 1901 y 1902).

²³ SOROA, Marcelino: "Iriyarena. Cuadro de costumbres donostiarra". *Euskal-Erria*, San Sebastián, 1905, pp. 232-235.

Voz de Guipúzcoa Eugenio Gabilondo²⁴ (1851-1913). Los relatos de Gabilondo refieren con matices algo xenófobos lo original del donostiarra (en donde imperaba el “reinado de los cuernos”) frente a las modas extrañas importadas por los *belarrimochas*²⁵.

El recorrido habitual de los toros partía de la calle Íñigo y a través de la calle San Juan se llegaba a la actual Plaza de la Constitución. Allí se le ataba a una argolla central y permanecía unos diez minutos repartiendo emociones entre los aficionados. Otros escenarios menores eran el atrio de la iglesia de San Vicente o la plaza Lasala. Lo divertido para los corredores es que el buey se desviase de su recorrido y corriera “una carrera”, esto es, hiciera una incursión en una calle contigua asustando a los viandantes.

A lo largo del siglo XIX vemos que eran los cortadores de carne, los carniceros, los que se presentaban una semana antes del 20 de enero al concurso municipal de bueyes, a tanto el buey. Las sogas corrían a cargo del Ayuntamiento. Desde 1896 se firmaba un contrato serio.

4.- La prohibición y el motín de enero de 1902

Ya desde fines del siglo XIX se avistaban elementos de oposición a los bueyes. Las principales razones giraban en torno a la falta de seguridad y a su brutalidad. Hubo algún intento, inmediatamente desechado por la mayoría municipal, de focalizarlo en la plaza de la Constitución.

Hubo el precedente de 1872, en que el toro fue corrido en la nueva Plaza de Guipúzcoa. Muchos jóvenes se apoderaron del toro y quisieron llevarlo a su viejo solar, a la Plaza de la Constitución. En esas, se cortó la cuerda y el toro hizo de las suyas. La fiesta se suspendió por dos años, pero fueron años especiales, aquellos en que la ciudad fue sitiada por las fuerzas carlistas.

Posteriormente, hubo intentos de rebajar su número o su presupuesto, pero nada. Ni siquiera los luctuosos hechos de la Guerra de Cuba pudieron contra los bueyes.

En 1901, tras una prohibición gubernamental de 19 de noviembre de 1900 para los toros ensogados y embreados, el alcalde Aguirre Miramón soslayó la prohibición con argumentos tomados de aquella manera. Ya en los plenos en torno a la fiesta, se

²⁴ CALEI-CALE: *A través de Iruchulo*, Imprenta, librería y papelería de Francisco Jornet, San Sebastián, 1896.

²⁵ *Belarrimocha* o *belarrimotza* (el de orejas cortas o pequeñas) es un término despectivo, anterior al Aranismo para nombrar a los castellanos o españoles en general que no sabían euskara o a los vascos no vascohablantes.

oyeron opiniones discordantes que abogaban por su desaparición. El día de San Sebastián de aquel año hubo tres heridos, uno muy grave.

Periódicos liberales como el republicano conservador *La Voz de Guipúzcoa* pidieron su supresión. Los liberales y republicanos van a recoger la vieja antorcha de los ilustrados y mayoritariamente se van a oponer a los bueyes. Las elecciones municipales de noviembre de 1901 otorgaron una amplia mayoría municipal a la coalición liberal-republicana.

En la primera sesión, tras su constitución, el nuevo consistorio tuvo que lidiar con el 11º punto: los bueyes. Durante el año anterior se había remitido el expediente a la Comisión de Fomento para que discutiera el tema y propusiera alguna alternativa a los bueyes. Fomento había dejado correr el tema.

El día siguiente, 8 de enero, se recibieron 213 firmas a favor de la abolición. Los firmantes se definían como “celosos de la cultura y buen nombre de la ciudad”. La lista estaba encabezada por el jurista, empresario y político maurista, el eibarrés Wenceslao Orbea. Le seguían importantes personalidades como el ingeniero, crítico musical y político republicano Francisco Gascue o el pintor Rogelio Gordón. El Centro Obrero, ligado al PSOE, también se posicionó contra los bueyes.

Cinco días más tarde llovieron cerca de 5.000 firmas a favor de los bueyes. Los probueyes se valían de la tradición para hacer valer su fuerza. La lluvia de firmas hizo temer un alboroto. Sus suscriptores parecen provenir del común, del elemento popular de signo apolítico.

Parece que en la Comisión de Fomento se barajaron posturas más moderadas que la supresión: llevarlos al campo de maniobras de Alderdi Eder, reducirlo a la Plaza de la Constitución o a la plaza de toros de Atocha, suprimir los domingos intermedios anteriores al carnaval... El diario *La Voz de Guipúzcoa* abogaba por las medidas radicales contra los bueyes, frente a los diarios de derechas, el carlista *El Correo de Guipúzcoa* y el integrista *La Constancia*²⁶, más contemporizadores.

La sesión municipal se celebró el 14 de enero, de cuatro a cinco y media de la tarde. Se leyó el dictamen de la Comisión de Fomento abogando por la prohibición. Sus argumentos eran los habituales: el orden público y la seguridad, y la barbarie. Este segundo argumento aparecía más desarrollado: el festejo era “impropio de San

²⁶ *La Voz de Guipúzcoa*, *El Correo del Norte*, *La Constancia*, *La Unión Vascongada*, 8-1/24-1-1902. Los hechos del alboroto están tomados mayormente de *La Voz*, el diario decano de la ciudad y el de más empaque.

Sebastián” y hacía “desmerecer el buen nombre del pueblo vascongado en el concepto de adelantado y culto de que actualmente disfruta”.

El concejal Colmenares expuso su voto particular en contra de la prohibición. Su defensa descansaba en la tradición y en un argumento social: al pueblo llano se le privaba de su entretenimiento y apuntaba:

“¿Por qué no sigue el mismo criterio el verano con las corridas de toros y propone que no se celebren porque pugnan con la cultura de esta Ciudad? ¿Es que las funciones de pago tienen privilegio sobre las gratuitas? ¿Es que sólo los que llevan unas pesetas en el bolsillo pueden disfrutar de las diversiones calificadas de poco cultas?”

Otro concejal, el señor Mendiluce, desplegó un cuádruple argumentario (humanitario, animalista, económico y legal) a favor de los bueyes. Según los criterios abolicionistas deberían suprimirse las corridas, las regatas, las pruebas ciclistas o las funciones teatrales que siempre corrían con el riesgo al incendio. El Ayuntamiento debería velar porque no se produjeran desgracias pero no por suprimir las actividades capaces de causarlas. El maltrato no existía desde la supresión de las garrochas y era ínfimo en comparación con las corridas. La *sokamuturra* dejaba “muchos puñados de pesetas” y legalmente el alcalde Aguirre Miramón había sorteado la prohibición. Mendiluce se apoyó en la tradición y el carácter vasquista de la fiesta:

“¿Es que se propone perder lo más hermoso de que pueda blasonar un pueblo, cuales son sus tradiciones? ¿Es que se pretende, en consecuencia, ir perdiendo poco a poco, tras sus tradiciones, su lengua y su raza? ¿Es que tratamos de hacer buenas las fatídicas palabras de Elises Reclus refiriéndose al país vasco que dice *C'est un peuple qui s'en va*, es un pueblo que desaparece?”

El concejal Gaminde apeló al populismo: “el pueblo es soberano y es quien puede decretar la reforma o supresión de una costumbre, de una tradición o fiesta popular”.

Se procedió a la votación del dictamen de la Comisión de Fomento a favor de la abolición. Recibió 16 votos a favor (entre ellos el del alcalde Machimbarrena) y 9 en contra.

El salón de plenos, entonces en la Plaza de la Constitución, estaba a reventar y el público era totalmente favorable a los bueyes. La ciudad estaba también muy dividida. Los conservadores se inclinaban más por su mantenimiento y los liberales por su abolición, pero había voces discordantes. El común parecía claramente probueyes. Era un tema candente.

La salida de los concejales del Ayuntamiento se produjo de una forma tumultuosa. El adalid protoros Colmenares fue vitoreado y acompañado. Los concejales

abolicionistas sufrieron las iras del público amontonado a la salida. El griterío fue estruendoso, y algunos concejales fueron golpeados. Se produjo la intervención de la policía. El propio gobernador civil Godofredo de Besson se dirigió a la muchedumbre para que depusiera su actitud, pero se le hizo caso omiso.

Espontáneamente, se formaron dos grupos. Uno se dirigió al Teatro Principal en la calle Mayor, en la Parte Vieja, en donde había una función. Llovieron las piedras contra las luces y las vitrinas del teatro. Se suspendió la función, pero su empresario, el señor Ferreiros, que había apostado por la abolición, se enfrentó a la turba sable en mano. Se cerraron las puertas, se apostó la policía y se reanudó la función.

Otro grupo se dirigió a casa del alcalde, en la calle Easo, en el ensanche. Los manifestantes gritaban: “¡bueyes, bueyes!” y “¡fuera el alcalde!”. Una multitud de piedras fue arrojada contra el domicilio de Sebastián Machimbarrena.

Todos los manifestantes se agruparon en la Avenida de la Libertad e inmediaciones, el eje del ensanche. Se atacaron establecimientos señalados a favor de la abolición: las instalaciones de *La Voz*, la sastrería del concejal republicano Bizcarrondo, algunas imprentas y librerías en donde se recogieron firmas en contra de los bueyes, las instalaciones de la Telefónica municipal, algunos cafés... La Guardia Civil dispersó a los manifestantes. Dice *La Voz* que eran 60 ó 70, pero bien parece que fueran bastantes más.

En el Bulevard la manifestación era imponente. Las autoridades policiales (el comandante de la Guardia Civil o el coronel de los Miqueletes, la milicia provincial) intentaron disuadir a los manifestantes, pero estos pedían “¡bueyes!”. Las autoridades, impotentes, se reunieron en el Gobierno Civil. Sus números cortaron la manifestación que se dirigía a la Diputación. Los desmanes prosiguieron ante la inoperancia de las fuerzas del orden.

Hacia las diez de la noche comenzaron las descargas de la fusilería de la Guardia Civil y de los Miqueletes, estos de rebote. Los disparos se ejecutaron tras tres toques de corneta y siguiendo las órdenes del comandante Beorlegui. Supuestamente fueron disparados al aire, al suelo o de rebote, pero al día siguiente fueron encontrados señales de bala en los cristales y en el interior del algún establecimiento del Bulevard.

Las fuerzas eran escasas, unos 25 miembros. San Sebastián era una ciudad pacífica, sin apenas disturbios y poca delincuencia. Los hechos hicieron traer a las mentes los sucesos de la Gamazada, cuando a propósito del establecimiento de ciertos impuestos no concertados, la multitud atacó el Hotel Londres en donde se hallaba

Sagasta. La actuación de la Guardia Civil se saldó con dos muertos y varios heridos de bala. Fue el 27 de agosto de 1893.

El gobernador militar, general Colomer, ofreció sus tropas al gobernador. Del cuartel de San Telmo salió el Regimiento Valencia dirigiéndose a la plaza de Guipúzcoa. El Regimiento Sicilia quedó acuartelado y en disposición de salir al primer aviso. Las fuerzas se repartieron por las calles y protegieron el Gobierno Civil. A medianoche la calma reinaba y los soldados volvieron al cuartel.

Los heridos fueron pocos, todos por pedradas. No hubo ningún herido por arma de fuego. Esa misma noche comenzaron las detenciones: nueve jóvenes, con edades entre los 17 y los 31 años. Los días siguientes prosiguieron las detenciones hasta las 27. La mayoría chicos extremadamente jóvenes. Todo indica, pues, que el motín tuvo un carácter mayoritariamente juvenil. Los detenidos pasaron a la cárcel de Ondarreta.

Al día siguiente llegaron miqueletes y guardiaciviles de otras poblaciones guipuzcoanas. El miedo y el recuerdo de la Gamazada se apoderaron de las autoridades. Llegaron también números de la Guardia Civil de caballería de las provincias limítrofes.

El balance de destrozos alcanzaba a 10 focos eléctricos y 79 faroles de gas, además de los escaparates, cristales, arcos voltaicos de carácter privado. Solo en *La Voz* se rompieron ocho cristales. Particular condena merecieron los daños en la Escuela de Artes y Oficios y en el Museo Municipal, situados entre las calles Garibay y Andia.

Al día siguiente se respiraba una calma tensa. No abrió el Teatro Principal ni hubo clases nocturnas en la Escuela de Artes y Oficios. Igualmente, tanto el alcalde Machimbarrena como el gobernador Besson publicaron dos bandos haciendo un llamamiento a la “sensatez”.

5.- La resaca del motín: consecuencias y debates

Una derivada personal y política surgió del prohombre que pagó las fianzas de los detenidos. Se trataba del empresario y periodista Rafael Picavea Leguía (1867-1946). Picavea, casado con la hija del magante vizcaíno Federico Echevarría, tenía fuertes intereses empresariales en Bizkaia y Gipuzkoa. Entre 1901 y 1936 siguió una exitosa carrera política (diputado nacional y senador varias veces) como católico independiente, bien ligado al maurismo o, más tarde, al nacionalismo vasco. En 1903 abrió un periódico en San Sebastián, *El Pueblo Vasco*, que se convirtió en el primer periódico de la provincia; su pluma, bajo la firma de Alcibar, se convirtió en un referente de la prensa.

Otra consecuencia fue el boicot de la sociedad donostiarra a las fiestas. En el sansebastián de aquel año no hubo fiesta alguna. Los feligreses fueron a misa, pero ni siquiera la corporación municipal acudió a la tradicional misa en Santa María, pues no fue invitada por el vicario. No hubo ni tamborrada ni ningún otro festejo. Pero es que tampoco se celebraron los chispeantes carnavales, en donde lo único extraordinario fueron los conciertos de la banda municipal. Aún más, no hubo festejos ni en 1903 ni en 1904. Solo se reanudaron en 1905 aprovechando la inauguración del puente de María Cristina. Son hechos que ponen sobre el tapete la profunda indignación popular²⁷.

Un debate público fue el *maketo* vs. autóctono. *Maketo* es un término despectivo que proviene de la denominación que se les daba a los inmigrantes que poblaron la zona minera de Bizkaia. Posteriormente, Sabino Arana lo utilizó para referirse a lo español, y *Maketania* pasó a ser un término peyorativo para sus argumentos antiespañoles. Curiosamente, el término caló pues todos los medios de comunicación lo utilizaron de una forma natural.

El meollo era saber si la prohibición de los bueyes había partido de los elementos extraños a San Sebastián o al país. Si eran los extraños los que estaban aramblando con lo *jatorra*²⁸, lo tradicional. *La Voz* contó los concejales y los comparó con sus apellidos (vascos o no vascos) y dedujo que había habido una división de pareceres entre los concejales *maketos*. El concejal republicano Gaminde dio toda una serie de explicaciones sobre su genealogía para sacudirse del odioso apelativo. Nadie quería ser *maketo*. *La Voz* acusó al concejal Colmenares, el que más había defendido a los bueyes, de *maketo*.

Ya lo comentamos antes, también se abrió un debate sobre las categorías de progreso y tradición, ligada al tinte ideológico de los periódicos. Hemos visto que el republicano *La Voz* fue un adalid de los abolicionistas. El carlista *El Correo de Guipúzcoa* censuraba al Ayuntamiento “su poco tacto”. *El Correo* acusaba a *La Voz* de

²⁷ El menú de *La Unión Artesana* de aquellas fiestas revela esa rebeldía: sopa de asta de buey, criadillas de buey con *sokamuturra*, *beefsteak* de buey ensogado, hígados salteados a lo Barrenamachim, hongos salteados estilo Ducloux, pepinillos fracasados, pasteles coalicionistas, frutas y vinos ácidos, excluyendo marcas *maketas*. Barrenamachim es un juego hecho con el apellido del alcalde, Machimbarrena, y Ducloux es un concejal que se significó en su prohibición. La coalición hace referencia a la conjunción entre liberales y republicanos. *La Unión Artesana* es la sociedad popular más antigua de la ciudad, aquella que introdujo la tamborrada, la que hoy se ocupa de la arriada de la bandera a las 24 horas del 20 de enero. No se trataba de una entidad política ni politizada, por lo que su rebeldía es doblemente significativa.

²⁸ Es *jatorra* una voz muy usada en euskara para estos debates. Viene a ser como lo original, lo puro, lo propio. Además significa lo que está bien, lo simpático, lo agradable...

ser “el diario *maketo* de esta capital, el defensor entusiasta del alcalde y concejales de la mayoría”. El carácter muy moderado del diario republicano era tildado de chaquetero: “¿lo dice como republicano o monárquico? ¿con el gorro frigio puesto o con la corona? Porque como *La Voz* suele representar tantos papeles no es fácil averiguar cuando habla de veras y cuando en broma”.

El diario carlista también ponía en la picota a los concejales antibueyes:

“He aquí que unos cuantos concejales, en mala hora llevados a la Casa Consistorial por los votos del pueblo, revuélvense airadamente contra este (...) hasta el punto de arrancar de un golpe en forma brusca, desconsiderada y violenta lo que el tiempo, la costumbre y las tradiciones habían ya sancionado. Ya no habría corridas de bueyes. El pueblo debería acostumbrarse a otra diversión y cuando el Ayuntamiento creyera que no era conveniente, a otra más. Y el pueblo diría: ‘Gracias, señores, porque os dignáis civilizarme de un modo tan rápido. ¡Bruto de mí, que siempre me embarullo y no alcanzo a comprenderos! *Mea culpa*’”.

*La Unión Vascongada*²⁹, un diario monárquico de tipo conservador, no entró en el debate de toros sí o no, tradición o progreso u otro. Para este periódico el tema de los toros era “baladí” y puso el acento en la falta de orden público. Atacaron a la autoridad por el “desorden” causado. Era gravísimo el hecho de “San Sebastián abandonado más de cuatro horas en poder de una turba inmensa que todo lo avasallaba”. “El pacífico vecindario tiene derecho a que se le garantice el orden”, decía. El gobernador se había mostrado incapaz y el alcalde estuvo desaparecido. “El principio de autoridad por los suelos”, remachaba.

Otro factor de debate fue el carácter popular de la fiesta. A lo largo del relato, aquí y allá, parece este vector de clase. La *sokamuturra* era una diversión del pueblo, totalmente gratuita. Al pueblo se le quitaban sus pocas diversiones para “desfogarse” y los ricos mantenían las suyas. En verdad, el argumento era bastante consistente pues según los abolicionistas lo incivilizado vendría del pueblo; en contraste, nadie puso en solfa la celebración de las corridas de toros de las fiestas de agosto. Sin duda, los turistas y los empresarios de la fiesta estaban por encima de los caracteres de crueldad del arte de Cúchares. El mismo dilema se establecerá cuando a principios de los años 20 se prohíban las pruebas y apuestas de bueyes.

El eco del motín traspasó las fronteras guipuzcoanas. Los medios de comunicación de toda España dieron noticia de él. Los diarios radicales de Madrid acusaron al clero de estar detrás del motín, algo propio de sus mistificaciones y no de la realidad. Era una entelequia propia del debate clerical/anticlerical que teñía otras

²⁹ *La Unión Vascongada*, 16-1-1902.

geografías. *El Nacional* señalaba que “El clero que tiene tanta influencia en el Norte, en vez de predicar contra los bueyes ensogados, predica contra los liberales, para que los ensoguen también”. *El País*, un diario republicano radical, apuntaba que “a los vítores a la libertad y a la República, a los mueras al obscurantismo, a los jesuitas y a los frailes, no encuentran la España de ayer y la de hoy, la España tradicional y la oficial más grito que oponer que el de ¡viva los bueyes!”.

El periodista Mariano de Cavia (1855-1920) fue la pluma más importante que se ocupó de nuestros bueyes. Lo hizo en *El Imparcial*, en un artículo titulado “Los bueyes sagrados” que los comparaba con la adoración del buey Apis en el Antiguo Egipto. Consideraba el periodista aragonés que “la antiquísima Menfis y su fanático culto al sacrosanto buey renacen en la moderna Easo, en la civilizada Donostia, en la católica ciudad de San Sebastián (Fanum Sancti Sebastiani), en el lugar menos africano y más europeo de nuestra dulce Euráfrica”. Había renacido nuestra “sangrecita bereber”. “No llegaron los antiguos egipcios tan allá en su religioso entusiasmo por el buey”. Los antiguos construían, los de ahora destruían. Finalizaba con ironía: “Cuando Cambises conquistó Egipto, mandó matar y asar al divino buey, administrándose la mejor ración de rosbif (...). Hoy son los Cambises callejeros los que andan tras de engullirse algún filete de alcalde o solomillo de gobernador”³⁰.

¿Y, qué fue de la *sokamuturra* en San Sebastián? Desapareció como fiesta pública. En 1917 surgió una sociedad con ese nombre: “*Soka-muturra*”, cuyo himno era el *Iriyarena* y su filosofía el “*koshkerismo*”³¹ militante que murió con la Guerra Civil³².

El Ayuntamiento en 1998 rotuló con el nombre de *sokamuturra* un callejón de la Parte Vieja. En 2013 el consistorio gobernado por EH Bildu la resucitó en el ambiente del carnaval en la plaza de la Trinidad. El alcalde Izagirre señaló que “la *sokamuturra* no la comparamos en absoluto con las corridas de toros”. Anteriormente se habían corrido toros en la Fiestas Vascas de 2012. La oposición comandada por el concejal Gasco (PSOE) apuntó la “evidente contradicción” de Bildu al ser contrario a las corridas tradicionales. No duró mucho la fiesta, pues el mismo consistorio la volvió a suprimir del programa de las *Euskal Jaiak* de ese mismo año de 2013.

³⁰ CAVIA, Mariano de: “Bueyes sagrados”, *El Imparcial*, 17-1-1902.

³¹ *Koshkero* o *koxkero* hace referencia a los bautizados en la iglesia de San Vicente, aunque en este caso se utiliza para describir a todos los donostiarra de origen.

³² *San Sebastián. Revista anual ilustrada*, año V y año XVI.

La *sokamuturra* volvió a convertirse en una actividad privada y vergonzante. Otra vez estalló la polémica cuando un colegio introdujo en mayo de 2017 un pequeño becerro ensogado en la fiesta anual de la escuela. El pequeño animal cumplía los requisitos del Reglamento Taurino del Gobierno Vasco, pero fue duramente criticado por las asociaciones animalistas. La asociación BOJ colgó en Facebook lo siguiente: "¿Qué valores queremos que aprendan nuestros hijos?, ¿el abuso al más débil?, ¿la impunidad ante la violencia?, ¿la costumbre y la habituación ante el sufrimiento ajeno?". La noticia trascendió a la prensa como un despropósito del colegio.

Nadie defendió la *sokamuturra*. La ciudad había dado la espalda a los bueyes que tanto dieron que hablar un siglo antes.

